

mos se expliquen satisfactoriamente el motivo.

Todos los días, desde la mañana hasta la noche, se veían atestados los muelles, los diques y las escolleras del puerto de Tolon de una multitud de curiosos y de desocupados, sin otra ocupación que la de mirar al navío *Orion*.

El *Orion* era un buque averiado desde hace mucho tiempo. En sus navegaciones anteriores se habían amontonado en su quilla espesas capas de mariscos, que le hacían perder la mitad de su andar. Dejaron al navío en seco el año anterior para rasparle los mariscos y después le botaron otra vez al agua; pero las raspaduras alteraron los pernos de la carena, y al llegar á la altura de las Baleares el bordaje interior se había fatigado y abierto. Como el forrado no se hacía entonces con chapa metálica, el buque comenzó á hacer agua. Sobrevino violento vendaval del equinoccio, que desfondó á babor la roda y la portañola y deterioró el porta-obenque de mesana, y á consecuencia de estas averías el navío tuvo que regresar á Tolon.

Fondeó cerca del Arsenal, en el que le estaban armando y reparando. El casco no había sufrido nada á estribor, pero le desclavaron algunos listones de los costados para que el aire pudiese penetrar en el armazon.

La multitud, que lo contemplaba una de las mañanas, presenció un deplorable accidente.

La tripulación se ocupaba en envergar las velas. El gaviero encargado de tomar el mastelero de gavia por la parte de estribor perdió el equilibrio. Se le vió vacilar, y la multitud reunida en el muelle lanzó un grito. Al marinero se le fué la cabeza tras el cuerpo, dió vueltas alrededor de la verga con las manos extendidas hácia el abismo, cogió al paso, primero con una mano y luego con la otra, el marcha-pié y quedó colgando de él. El mar estaba debajo de aquel hombre á una profundidad vertiginosa. El sacudimiento de su caída imprimió al marcha-pié violento movimiento de columpio, y el hombre iba y venía agarrado de dicha cuerda como la piedra en una honda.

Socorrerle era correr horrible riesgo. Ninguno de los marineros, que eran todos pescadores de la costa recientemente enganchados para el servicio, se atrevía á aventurarse á auxiliarle. Entre tanto el infeliz gaviero se cansaba; no se le conocía la angustia en el

semblante, pero todos sus miembros notaban agotamiento de fuerzas. Sus brazos se retorcián muy estirados. Cada esfuerzo que hacía para subir aumentaba las oscilaciones del marcha-pié. No gritaba por miedo de aniquilar la poca fuerza que le quedaba. Los espectadores aguardaban el instante en que soltase la cuerda, y todas las cabezas se volvían al lado opuesto por no verle caer al mar. Hay momentos en los que un cabo de cuerda, un palo, la rama de un árbol salvan la vida, y es espectáculo horrible ver que un sér viviente se desprende y cae como una fruta madura.

De repente apareció un hombre que trepó por el aparejo con la agilidad del tigre. Este hombre vestía de color rojo, lo que indicaba que era un forzado, y llevaba en la cabeza un gorro verde, señal de estar condenado á cadena perpetua. En cuanto llegó á la altura de la gavia, una ráfaga de viento se le llevó el gorro y descubrió su cabeza, enteramente cana.

Dicho individuo, que pertenecía á una cuerda de presidiarios empleada á bordo, se presentó desde el primer momento al oficial de cuarto y le pidió permiso para salvar al gaviero, arriesgando la vida al ver que no lo intentaba ninguno de los de la tripulación. Cuando el oficial le concedió el permiso solicitado, rompió de un solo martillazo la cadena sujeta á la argolla de su pié, cogió luego una cuerda y se lanzó á los obenques. Nadie se fijó en aquel momento en la facilidad con que rompió la cadena. Esta circunstancia la recordaron mucho más tarde.

En un abrir y cerrar de ojos se le vió en la verga. Se detuvo algunos segundos, en los que pareció que la media con la vista. Estos segundos, durante los que el viento columpiaba al gaviero en la extremidad de la cuerda, parecieron siglos á los que lo estaban mirando. A poco el presidiario levantó los ojos hácia el cielo y dió un paso hácia adelante. La multitud respiró. El presidiario recorrió la verga en un instante, y al llegar á la punta ató un cabo de cuerda que llevaba consigo y la dejó pendiente del otro cabo; después empezó á bajar deslizándose por la cuerda, y entonces el público sintió inexplicable angustia al ver dos hombres, en vez de uno, suspendidos sobre el abismo. Parecía el presidiario una araña lanzándose á coger una mosca; pero en este caso la araña iba á dar la vida, no la muerte.

Infinidad de miradas se fijaban en el

grupo; el mismo estremecimiento fruncía todas las cejas y no se oía ni una palabra, ni un grito; todas las bocas contenían el aliento, como si temiesen añadir el menor soplo al viento que sacudía á aquellos dos infelices.

Entre tanto el forzado había conseguido arrimarse al marinero. Ya era tiempo, porque un minuto más tarde éste, rendido y aniquilado, hubiera caído al mar. El presidiario lo amarró á la cuerda á que él se sujetaba con una mano, mientras trabajaba con la otra. Al fin se le vió volver á subir á la verga y tirar del marinero hasta que lo tuvo también en ella; le sostuvo allí un instante para que recobrase las fuerzas, después lo tomó en brazos y lo llevó andando sobre la verga hasta el tamborete, y desde allí á la gavia, en donde lo dejó en manos de sus compañeros.

La multitud prorumpió en aplausos: algunos ancianos de la chusma lloraban, las mujeres se abrazaban en el muelle, y oyéronse voces que salían de todas partes, que gritaban:

—Perdon, perdon para ese hombre!...

El presidiario entre tanto se preparaba para bajar y reunirse con la cuadrilla á que pertenecía.

Para bajar más pronto se dejó escurrir por el aparejo y echó á andar con ligereza sobre una verga baja. Todo el mundo fijaba las miradas en él. Hubo un momento en que los espectadores temieron que estuviese fatigado y que se marease, y hasta creyeron verle vacilar y bambolearse. De repente la multitud lanzó un grito; el forzado acababa de caer al mar.

La caída era peligrosa. La fragata *Algeciras* estaba anclada junto al *Orion*; el pobre presidiario cayó entre los dos buques y era de temer que hubiese ido á parar debajo de alguno de ellos.

Cuatro hombres saltaron á un bote inmediatamente. La multitud los alentaba llena otra vez de ansiedad. El forzado no subía á la superficie. Desapareció en el mar sin dejar huella. Sondearon, bucearon inútilmente. Le estuvieron buscando hasta que fué de noche y no le pudieron encontrar.

Al otro día el *Diario* de Tolon decía lo siguiente: "17 de Noviembre de 1823.—Un presidiario que trabajaba ayer con su cuadrilla á bordo del *Orion*, después de salvar la vida á un marinero, cayó al mar y se ahogó. No ha podido encontrarse su cadáver. Se cree que se habrá enredado en los pilotes de la punta del Ar-

senal. Dicho forzado estaba inscrito en el registro con el número 9.430 y se llamaba Juan Valjean."

LIBRO TERCERO.

Cumplimiento de la promesa hecha á la difunta.

I.

La cuestión del agua en Montfermeil.

Montfermeil está situado entre Livry y Chelles, en la orilla meridional de la alta meseta que separa el Ourque del Marne. Hoy es una villa de mucha población, adornada con quintas construidas de yeso, y que los domingos se llenan de vecinos alegres, sencillos y honrados. En 1823 no había en Montfermeil ni tantas casas de campo blancas, ni tantos ciudadanos satisfechos: era una aldea situada entre bosques. Solía verse en alguno que otro sitio alguna casa de recreo, edificada en el siglo anterior, que se conocía por su aspecto aristocrático, por sus balcones de hierro retorcido y por sus grandes ventanas, cuyos vidrios verdes tomaban matices diferentes sobre el color blanco de los postigos cerrados. Pero no por eso dejaba de ser Montfermeil una pobre aldea. Los mercaderes de paños retirados y los aficionados á veranear aun no la habían descubierto. Aunque estaba situada en sitio apacible y risueño, no era camino para ninguna parte y se vivía allí económicamente con la vida campestre, abundante y fácil; su única falta era que escaseaba el agua por causa de la elevación del terreno.

Era preciso ir á buscarla bastante lejos. El extremo de la aldea que está á la parte de Gagny se surtía de agua en los magníficos estanques que hay en el bosque, y el otro extremo de la aldea, que rodea la iglesia y está á la parte de Chelles, iba á buscarla á un cuarto de hora de Montfermeil.

Era, pues, trabajo pesado para cada vecino el proveerse de agua. Las casas principales, la aristocracia y el bodegon de Thenardier pagaban los cubos de agua á un hombre que se había dedicado á este oficio, en el que apenas ganaba dos reales diarios, pero solo trabajaba hasta las siete de la tarde en verano y hasta las cinco en invierno, y cuando se

hacia de noche, el vecino que no tenía agua para beber tenía que ir á buscarla él mismo ó pasarse sin ella.

Esto era lo que aterraba á la pobre criatura, á la niña Cosette, de la que el lector se acordará, recordando al mismo tiempo que era útil de dos modos á los Thenardier, porque recibían el dinero de la madre y hacían servir á la hija. Cuando Fantina dejó de enviarles la pensión por los motivos expuestos en su lugar, los Thenardier se quedaron á Cosette para utilizarla como á criada, y ella era la que iba á buscar el agua cuando faltaba en casa, por lo que cuidaba de que hubiera siempre, por no tener que ir de noche á la fuente.

La Navidad de 1823 fué de agradable temperatura en Montfermeil; el principio del invierno fué templado; aquel año no hubo ni hielo ni nieve. Titiriteros que venían de París obtuvieron permiso del alcalde para colocar sus tiendas en la calle principal de la aldea, y mercaderes ambulantes colocaron sus puestos, también con permiso, en la plaza de la Iglesia, y hasta en la callejuela de Boulanger, en donde estaba situado el bodegón de los Thenardier. Toda esa gente llenaba las posadas y las tabernas y comunicaba á aquel país tan tranquilo vida bulliciosa y alegre. Entre las curiosidades expuestas en la plaza había una especie de barraca, en la que feísimos payasos, vestidos de andrajos, enseñaban á los aldeanos de Montfermeil uno de esos terribles buitres del Brasil, que el Museo Real de París no poseyó hasta el año 1845, y que tienen por ojo una escarapela tricolor. Creemos que á esta ave le llaman los naturalistas Caracara Polyborus; es del orden de los aspíctides y de la familia de los buitres.

Algunos veteranos bonapartistas, retirados en esta aldea, iban complacidos á ver el pajarraco, y los payasos les enseñaban la escarapela tricolor, como fenómeno único, y que Dios creó expresamente para que formase parte de la colección de animales raros que llevaban.

La noche de Navidad había mucha concurrencia en la sala baja del figón de Thenardier; varios carreteros y trajineros estaban sentados alrededor de las mesas, que alumbraban cuatro ó cinco velas, y bebían. La sala era como la de todas las tabernas; había allí mesas, jarros de peltre, botellas, bebedores, fumadores, poca luz y mucho ruido. Indicaban la fecha de 1823 dos objetos que estuvie-

ron de moda entre la clase media, y que estaban encima de la mesa; un kaleidoscopio y una lámpara de hoja de lata morada. La Thenardier vigilaba la cena que estaba asándose junto al fuego; su marido hablaba de política y bebía con sus parroquianos.

Además de los diálogos políticos, en los que se ocupaban de la guerra de España y del duque de Angulema, en medio del bullicio se recortaban paréntesis locales como estos:

—Por la parte de Nanterre y de Surresne se ha cosechado mucho vino. Donde contaban tener diez botas han tenido doce. El lagar ha dado más jugo del que creían.—Pero la uva no debía estar aun madura.—En esos pueblos no la dejan madurar, porque si lo está, el vino se tuerce en cuanto viene la primavera.—¿Que ese vino es flojo?—Más flojo que los de acá. Por eso vendimian la uva verde, etcétera.

Un molinero decía:

—¿Somos acaso responsables de lo que hay dentro de los sacos? Nos encontramos con una porción de granos que no podemos entretenernos en limpiar, y que es indispensable que pasen por las ruedas, como la zizaña, el añublo, el tizon, la algarroba, el cañamón, la cola de zorra y otra infinidad de drogas, sin contar las piedrecitas que abundan en ciertos trigos, sobre todo en los trigos bretones. Es molesto el moler esta clase de trigos, como lo es á los serradores aserrar vigas con clavos. Resulta mucho polvo después de la molienda, y luego se quejan de la harina; si ésta no sale limpia no es culpa nuestra.

En el espacio comprendido entre dos ventanas, un segador, hablando con un propietario, que ponía precio al trabajo de una pradera que tenía aquel que segar en la primavera, decía:

—No importa que la yerba esté mojada. Así se corta mejor; el rocío es bueno; pero de todos modos vuestra yerba es muy temprana y difícil de segar; en unos sitios está demasiado tierna, en otros se dobla contra la hoz, etc.

Cosette se sentaba como siempre en su puesto, en el travesaño de la mesa de la cocina, cerca del hogar; con el vestido destrozado, con los pies desnudos dentro de los zuecos y haciendo medias á la luz del fuego, medias de lana destinadas para las hijas de los bodegoneros. Debajo de las sillas jugaba un gatito. En la pieza inmediata se oían dos voces frescas é infantiles que charlaban y reían; las

de las niñas Eponina y Azelma. En un rincón de la chimenea pendían de un clavo unas disciplinas.

A intervalos se oía, á pesar del ruido de la taberna, el chillido de una criatura de poco tiempo que salía de las habitaciones interiores. Era de un niño que la Thenardier tuvo un invierno pasado, "sin saber por qué", según decía, y que podría contar tres años. La madre le crió, pero no le quería. Cuando el clamor encarnizado del chiquillo importunaba al bodegonero, éste decía á su mujer:—Tu hijo llora; vé á ver lo que quiere.—Bah! contestaba ella, me fastidia.

La criatura, abandonada, continuaba llorando.

II.

Los retratos completos.

Hasta ahora solo hemos visto el perfil de los Thenardier; pero ha llegado el momento de dar la vuelta alrededor de este matrimonio y de verle por todas partes.

Thenardier acababa de cumplir cincuenta años, su esposa frisaba en los cuarenta, que son cincuenta en la mujer; de modo que estaba equilibrada la edad de los dos.

Quizás los lectores recuerden la primera aparición de la mujer de Thenardier, alta, rubia, colorada, gruesa, membruda, cuadrada, enorme y ágil, que, como dijimos, procedía de la raza de salvajes colosales que en las ferias levantan con el pelo grandes piedras. Ella lo hacía todo en la casa: las camas, los cuartos, la colada, la cocina, la lluvia, el buen tiempo y el diablo. Tenía por única criada á Cosette, que era un ratoncillo al servicio de un elefante. Todo temblaba al sonido de la voz de la bodegonera, los vidrios, los muebles y la gente. Su ancha cara, salpicada de manchas rojizas, parecía una espumadera. Tenía barbas. Era el tipo de un matón de plazuela vestido con sayas. Juraba como un carretero y se jactaba de partir una nuez de un puñetazo. A no ser por las novelas que había leído, y que de vez en cuando producían en ella el efecto extravagante de presentar á la gigante bajo el aspecto de niña melindrosa, á nadie le hubiera ocurrido pensar que era una mujer. Era el producto del ingerto de una señorita en una ramera. El que la oía hablar decía: Es un gendarme; el que la veía beber decía: Es

un carretero; el que la veía pegar á Cosette decía: Es un verdugo. Cuando estaba durmiendo, de la boca le salía un diente.

Thenardier era un hombre pequeño, flaco, pálido, anguloso, endeble, que parecía enfermizo y se conservaba muy bien, y en esto empezaba ya su trapacería. Se sonreía de ordinario con precaución y era atento con todo el mundo, hasta con el mendigo á quien negaba la limosna. Tenía mirada de zorro y aspecto de letrado. Se parecía mucho á los retratos de Delille. Su coquetería consistía en beber con los trajineros sin que nadie pudiera emborracharle nunca. Fumaba en una pipa muy grande. Llevaba blusa y bajo de ella frac negro muy antiguo. Tenía pretensiones de literato y de materialista, y pronunciaba con frecuencia nombres célebres en apoyo de lo que decía, como los de Voltaire, Raynal, Porny y, cosa extraña, el de San Agustín. Afirmaba que tenía un "sistema". Por otra parte, era un estafador, pero estafador por principios y reglas científicas.

Esta es una variedad que existe. Se recordará que pretendía haber servido: contaba con cierto énfasis que, siendo sargento en Waterlloo, él solo, contra un escuadrón de húsares de la Muerte, había cubierto con su cuerpo y salvado al través de la metralla "á un general peligrosamente herido". Por eso puso ese cuadro á la puerta del bodegón como muestra, y tituló á éste: "Posada del sargento de Waterlloo." Era liberal, clásico y bonapartista. Se inscribió en el Campo del Asilo, y decían en la aldea que había estudiado para cura.

Nosotros creemos que solo había estudiado en Holanda para posadero. Este tunante del orden compuesto era, según todas las probabilidades, algún flamenco de Lila en Flandes, francés en París, belga en Bruselas, y tenía un pie en cada una de las fronteras. Ya conocemos su hazaña de Waterlloo, y como se vé, la exageraba mucho. El flujo y reflujo, las peripecias y las aventuras eran el elemento de su existencia; la conciencia desgarrada produce siempre vida descosida; y es creíble que en la época tormentosa de 1815 perteneciera Thenardier á la variedad de cantineros merodeadores que antes describimos, que recorrían los caminos vendiendo á éstos y robando á aquellos, y rodando en algún carreton cojo, en familia, el marido, la mujer y los hijos, á la cola del

ejército en marcha, con la idea de pegarse siempre á las tropas del vencedor. Cuando terminó la campaña, encontrándose, como decia, *cum quibus*, abrió su bodegon en Montfermeil.

Este *cum quibus* consistia en las bolsas, en los relojes, en las sortijas de oro y en las cruces de plata que cosechó en la época de la vendimia en los surcos llenos de cadáveres, pero no era de gran consideracion cuando hizo que prosperase poco el vivandero convertido en posadero.

Thenardier tenia en el gesto un no sé qué rectilíneo, que cuando juraba recordaba el cuartel y cuando hacia la señal de la cruz el seminario. Hablaba con soltura y hacia creer que era un sábio; sin embargo, el maestro de escuela habia observado que cometia errores gramaticales. Extendia bien la cuenta del gasto de los viajeros, pero nunca faltaba alguno que encontrase en ella faltas de ortografía. Era taimado, gloton, perezoso y hábil. No desdeñaba á las criadas, por lo que su mujer no las tenia, que la gigante era celosa, y creia que aquel hombre flaco y pálido debia ser objeto de apetito universal.

Además de todo lo dicho, Thenardier era hombre de astucia y de equilibrio, era un bribon del género templado; los bribones de esta clase son los peores, porque son hipócritas. Esto no quiere decir que el bodegonero, en ocasiones dadas, no fuera capaz de encolerizarse tanto como su mujer; pero esto era rarísimo, y cuando sucedia se ponía espantoso, porque en aquellos momentos odiaba á todo el género humano, se encendia dentro de él un horno profundo de odio, y era de esas gentes que se están vengando siempre y que atribuyen á los demás la culpa de todo cuanto les sucede. ¡Desgraciado el que entonces se ponía al alcance de su furor!...

Aparte de sus malas cualidades, Thenardier era atento y penetrante, silencioso ó charlatan, según le convenia, y siempre inteligente. Tenia algo de la mirada de los marinos que están acostumbrados á entornar los ojos en los anteojos de larga vista. Thenardier era un hombre de Estado.

Cualquier recién venido que entraba en el bodegon, al ver á la mujer del bodegonero, exclamaba: "Hé aquí al amo de la casa." Pero se equivocaba; ella no era ni siquiera ama. El marido era el amo y el ama todo en una pieza. Ella hacia, pero él creaba. Lo dirigia todo

con una especie de accion magnética, invisible y continua. Era suficiente una palabra suya, á veces una seña, para que el mastodonte hembra obedeciera. Thenardier era para su costilla, sin que ésta se explicase el por qué, un sér particular y soberano. Tenia aquella la virtud de su modo de ser; nunca habia disentido ni en un detalle del señor Thenardier, y era hipótesis inadmisibile que quitase alguna vez la razon públicamente á su marido en nada. Jamás habia cometido "delante de extraños," esa falta que con tanta frecuencia cometen las mujeres y que en el lenguaje parlamentario se llama dejar en descubierto á la corona. Aunque esta conformidad y mútuo acuerdo solo produjese el mal, habia algo contemplativo en tanta sumision de la mujer al marido. Aquella montaña de carne ruidosa se movia al impulso del dedo meñique de su frágil déspota. Visto este matrimonio por su lado mezquino y grosero, se verificaba en él el fenómeno universal de la adoracion de la materia al espíritu; porque ciertas fealdades tienen su razon de ser en las profundidades de la belleza eterna. En Thenardier existia algo desconocido, y de aquí nacia el imperio absoluto sobre su mujer. En ciertos momentos le veia como una vela encendida y en otros le sentia como la garra de una fiera.

La bodegonera era formidabile; solo amaba á sus hijos y solo temia á su marido. Era madre porque era mamífera, y aun así su maternidad no pasaba de sus hijas; como se verá más adelante, no se extendia á los varones.

Thenardier solo pensaba en ser rico y no lo podia conseguir. Le faltaba teatro digno de su gran talento. Se arruinaba en Montfermeil, si es posible arruinarse estando á cero. Sin embargo, este perdido hubiera llegado á ser millonario en Suiza ó en los Pirineos, pero el posadero tiene que vivir donde la suerte le coloca. Ya se comprende que empleamos aquí la palabra *posadero* en su sentido limitado y que no se extiende á la clase entera.

En el año 1823 estaba empeñado en mil quinientos francos de deudas corrientes, que no admiten espera, y esto le tenia muy caviloso.

A pesar de la injusticia tenaz del destino de Thenardier, era uno de los hombres que comprendian mejor, con más profundidad y del modo más moderno, lo que es una virtud en los pueblos bár-

baros y una mercancía en los pueblos civilizados: la hospitalidad.

Era admirable cazador furtivo y en todas partes se citaba el acierto de su punteria. Su risa fria y pacífica era particularmente peligrosa. Algunas veces brotaban en él á modo de relámpagos sus teorías de posadero. Seguia aforismos profesionales, que procuraba imbuir á su mujer.

—El deber del posadero—la decia una vez violentamente y en voz baja—es vender al primero que llega la comida, el descanso, la luz, el fuego, sábanas súcias, criada, pulgas y sonrisas; detener á los caminantes, vaciar los bolsillos pequeños, aligerar honradamente los grandes, albergar con respeto á las familias que viajan, estafar al hombre, desplumar á la mujer, desollar al niño; poner en la cuenta la ventana abierta, la ventana cerrada, el rincón de la chimenea, el sillón, la silla, el taburete, la cama de pluma, el colchon y el haz de paja; saber cuánto usa el espejo el que se mira en él y reducir este cuánto á tarifa; en una palabra, hacer que el viajero lo pague todo, hasta las moscas que se coma su perro.

Los Thenardier eran la astucia y la rabia casadas: eran una pareja repugnante y terrible. Mientras el marido reflexionaba y combinaba, la mujer no se ocupaba de los acreedores ausentes, ni estaba inquieta por el pasado ni por el porvenir; vivia exclusivamente del presente.

Entre semejantes séres estaba sufriendo la pobre Cosette doble presión, como una criatura que se viese triturada á un tiempo por una piedra de molino y hecha trizas por unas tenazas. El hombre y la mujer tenian cada uno diferente modo de martirizar.

Moler á palos á Cosette era cosa de la mujer: ir con los piés desnudos era cosa del marido.

Cosette lavaba, cepillaba, frotaba, barría y la hacian cargarse los objetos más pesados, y estando débil y enfermiza, la ocupaban en los trabajos más penosos. No la tenian compasion ni su ama feroz ni su amo venenoso. El bodegon era para ella una red en que estaba cogida y en la que temblaba. Realizaba el ideal de la opresion su domesticidad siniestra. Era algo parecido á la mosca que sirve á las arañas. La pobre niña sufría y callaba.

¿Qué pasa en las almas de esos séres que acaban de dejar á Dios cuando se

ven de este modo entre los hombres desde que nacen pequeños y desnudos?

III.

Vino á los hombres y agua á los caballos.

Llegaron cuatro nuevos viajeros al bodegon.

Cosette reflexionaba, porque aunque no tenia más que ocho años, habia sufrido ya tanto, que meditaba como si fuese una anciana.

Tenia un párpado amoratado á consecuencia de un puñetazo que le habia dado la bodegonera, la que de vez en cuando decia:—¡Qué fea está con ese cardenal en el ojo!...

Cosette pensaba, pues, que era ya tarde, esto es, muy entrada ya la noche; que era preciso llenar las jarras y las garrafas en los cuartos de los viajeros recién llegados, y que ya no quedaba agua en la cuba.

Lo que la tranquilizaba algo es que se bebia poca agua en la posada. Ciertamente no faltaban en ella personas que tuviesen sed, pero era esa sed que prefiere la botella al cántaro; al que pidiera un vaso de agua entre los vasos de vino, le hubieran creído salvaje los bebedores.

Sin embargo, hubo un momento en que la muchacha tembló. La Thenardier quitó la tapadera de un puchero que hervia en los hornillos; después tomó un vaso y se acercó á la cuba. Dió vuelta al grifo y Cosette levantó la cabeza, siguiendo todos los movimientos de su ama. Salió un chorro muy delgado del grifo, que no llenó más que medio vaso.

—Calla! exclamó; no queda agua!

Siguió un instante de silencio. Cosette no respiraba.

—Bah! repuso la Thenardier examinando el vaso; bastante habrá con ésta.

Cosette se volvió á su trabajo, pero durante mucho rato sintió saltársele el corazón en el pecho.

Contaba con ansiedad los minutos que iban transcurriendo, y hubiera querido estar ya en el día siguiente por la mañana.

De vez en cuando uno de los bebedores miraba á la calle y decia:—La noche está oscura como boca de lobo. Oh! es preciso ser gato para salir á estas horas sin farol.

Cosette se estremecia.

De repente, uno de los viajeros recién venidos entró y dijo con áspera voz:

—No han dado de beber á mi caballo.
—Sí por cierto, contestó la Thenardier.

—Os digo que no, patrona, replicó el viajero.

Cosette salió de bajo de la mesa y respondió:

—Sí, señor, sí; el caballo ha bebido un cubo lleno; yo misma le dí de beber y le hablé.

Esto no era cierto. Cosette mentía.

—¡Vaya un arrapiezo, que no es mayor que el puño y que miente con mucha serenidad! ¡Te digo que no ha bebido, bribonzuela! Conozco muy bien el modo de resollar de mi caballo cuando no ha bebido.

Cosette insistió, añadiendo con voz enronquecida y que apenas se oía:

—Ha bebido y mucho!

—Ea! repuso el viajero con cólera, no hay nada de eso; que den de beber á mi caballo y basta de cuestion.

Cosette volvió á meterse debajo de la mesa.

—Ciertamente es justo que beba e caballo si no ha bebido, le contestó la bodegonera.

Después, mirando á su alrededor, exclamó:

—Vaya! dónde está esta chiquilla?

Se encorvó y vió á Cosette agazapada al otro extremo de la mesa, casi debajo de los piés de los bebedores.

—Pronto! ven aquí! la gritó la Thenardier.

Cosette salió de su escondite.

—Señorita perra, le dijo la posadera, marcha á traer agua para el caballo.

—Pero si no queda agua en casa! respondió Cosette con voz débil.

La Thenardier abrió la puerta de la calle y la dijo:

—Pues bien; vé á traerla.

Cosette inclinó la cabeza y se fué á tomar un cubo vacío que estaba en el rincón de la chimenea. El cubo era más grande que ella y hubiera podido sentarse dentro de él cómodamente.

La Thenardier se volvió á los hornillos y probó con una cuchara de madera lo que había en la cacerola, y gruñendo dijo entre dientes:

—Aun hay en la fuente... no se necesita cavilar mucho... creo que hubiera sido mejor freir las cebollas.

Después registró un cajón, en el que tenía calderilla, pimienta y ajos.

—Toma, renacuajo, dijo á Cosette; al volver me traerás una hogaza de la panadería. Aquí tienes tres reales.

Cosette, sin decir una palabra, metió la calderilla en una faltriquera pequeña que tenía en el delantal. Después se quedó inmóvil ante la puerta abierta con el cubo en la mano. Parecía que esperaba que alguno fuera á ayudarla.

—Anda! pronto! gritó la Thenardier. Cosette salió; la posadera cerró la puerta.

IV.

Entra en escena una muñeca.

Dijimos que la fila de puestos al aire libre, que empezaba en la plaza de la Iglesia, se extendía hasta la "posada del Sargento de Waterloo".

Estas tiendas ambulantes, por estar al paso de los vecinos que concurrían á la misa del Gallo, estaban alumbradas con velas, que ardían dentro de cucuruchos de papel, lo que, según decía el maestro de escuela de Montfermeil, que entonces estaba en el bodegón, producía "efecto mágico". En cambio no se veía en el cielo ni una sola estrella.

El último de los barracones, establecido precisamente delante de la puerta de los Thenardier, contenía toda clase de juguetes, mucho oropel, muchos vidrios de colores y muchos objetos de hoja de lata.

Delante, en primera fila, había colocado el mercader, sobre el fondo de tela blanca, una gran muñeca, de dos piés de altura, vestida con traje de crespon de color de rosa, con espigas de oro en la cabeza, con pelo verdadero y con ojos de esmalte. Todo el día estuvo expuesta esa maravilla á la admiración de los niños, sin que en todo Montfermeil una madre bastante rica ó bastante pródiga se la comprase á su hija. Eponina y Azelma habían pasado horas enteras contemplándola, y Cosette se atrevió á mirarla, aunque furtivamente.

Cuando ésta salió de la posada con el cubo en la mano, aunque estaba triste y angustiada, levantó los ojos hácia la prodigiosa muñeca. Como aun no la había visto de cerca, al contemplarla ahora se quedó petrificada. El barracón le parecía un palacio y la muñeca una visión. Era la alegría, el esplendor, la felicidad, que se aparecían como sol quimérico á aquel sér pequeño y desgraciado, sumido profundamente en la miseria. Cosette medía, con la sagacidad ingénua y triste de la infancia, el abismo que la separaba de aquella muñeca, y creía

que era necesario ser reina, ó por lo menos princesa, para poseerla. Contemplaba el lindo vestido de color de rosa, los hermosos y rizados cabellos, y pensaba en su interior:—¡Qué feliz debe ser esa muñeca!

Sus ojos no podían apartarse del barracón fantástico. Cuanto más lo miraba más se deslumbraba. Creía ver el paraíso. Había otras muñecas detrás de la grande, que le parecían hadas y génios. El mercader, que se movía en el fondo del barracón, le hacía el efecto del Padre Eterno.

En su deslumbramiento, se olvidaba de todo, hasta de la comisión que le habían encargado. De repente la voz áspera de la posadera la hizo volver á la realidad:—Aun estás ahí?... ¡Aguarda, pues, que ya voy yo!... ¿Qué tienes que hacer ahí?... Pero ya te compondré!

La Thenardier se había asomado á la calle y se encontró á Cosette, que estaba en éxtasis.

La pobre muchacha huyó, arrastrando el cubo y corriendo todo lo que podía.

V.

La niña completamente sola.

Como el bodegón de los Thenardier estaba en el extremo de la aldea inmediato á la iglesia, tenía Cosette que ir á traer el agua de la fuente del bosque, que está á la parte de Chelles.

Cosette, al verse sorprendida por la bodegonera, ya no miró más los barracones de los juguetes. Se puso en marcha; mientras estuvo en la callejuela de Boulanger, las luces de las tiendas le alumbraban el camino; pero en cuanto salió de ella se quedó en la más completa oscuridad. Hundida ya en ella, se apoderaba de su ánimo cierta emoción, y por eso al andar agitaba todo lo que podía el asa del cubo, porque la hacía compañía su ruido.

Cuanto más andaba más se espesaban las tinieblas. Nadie transitaba por las calles. Encontró, sin embargo, una mujer, que al verla pasar se volvió y quedóse murmurando entre dientes:—¿A dónde irá esa niña á estas horas? Calla! ¡Si es la Alondra!...

Cosette atravesó el laberinto de calles tortuosas y desiertas con que la aldea de Montfermeil termina por la parte de Chelles. Mientras vió casas y paredes á los dos lados del camino tuvo bastante

ánimo. De vez en cuando veía luz por las rendijas de las ventanas, que la indicaba que allí había gente, y esto la tranquilizaba. Pero á medida que avanzaba iba aminorando el paso maquinalmente. Cuando pasó de la esquina de la última casa se paró. Le fué difícil ir más allá del último barracón, pero le fué imposible ir más allá de la última casa. Dejó el cubo en tierra, hundió la mano en el pelo y se rascó la cabeza con lentitud, gesto propio de los niños que están indecisos ó aterrados. No tenía ya delante de ella la aldea, sino el campo oscuro y desierto. Miró con desesperación en la oscuridad, en la que no veía gente, en la que solo había animales, en la que quizás encontraría aparecidos. Volvió á mirar y oyó á animales que pacían yerba, y vió almas en pena que se movían en los árboles. Entonces volvió á coger el cubo y el miedo le dió atrevimiento.—Bah! dijo; ¡la diré que no había agua! Resueltamente se volvió hácia Montfermeil.

En cuanto andó unos pasos se volvió á parar y á rascarse la cabeza. Ahora se le aparecía la Thenardier, pero repugnante, con la boca de hiena y con los ojos lanzando chispas de cólera. La niña arrojó una mirada lastimera hácia adelante y otra hácia atrás. No sabía qué resolver. Veía ante ella el espectro de la Thenardier, y detrás todos los fantasmas de la noche y de los bosques, pero retrocedió ante la bodegonera. Volvió á tomar el camino de la fuente y echó á correr. Salió de la aldea y entró en el bosque, siempre corriendo, sin mirar ni oír nada. No detuvo su carrera hasta que le faltó la respiración, pero no por eso interrumpió la marcha. Caminaba hácia adelante como desvanecida.

Al mismo tiempo que corría tenía ganas de llorar. El estremecimiento nocturno del bosque la rodeaba por todas partes. Ya no pensaba ni veía. La inmensa oscuridad de la noche acometía á aquel sér tan pequeño; á una parte estaban todas las tinieblas y á la otra el átomo.

Solo separaban la orilla del bosque de la fuente siete ú ocho minutos, y Cosette sabía muy bien el camino, por haberle andado de día muchas veces. No se extravió; un resto de instinto la guiaba, y eso que no dirigía la vista á la derecha ni á la izquierda, por temor de ver cosas horribles en las ramas y entre la maleza. De este modo llegó á la fuente.

Era un estrecho pozo natural que abrió el agua en una tierra arcillosa, que estaba rodeada de musgo, de la yerba que se conoce con el nombre de gorgueras de Enrique IV, y empedrado groseramente. Partía de allí un arroyuelo que susurraba suave y tranquilamente.

Cosette no descansó ni para tomar aliento. Estaba muy oscuro, pero ella conocía la fuente.

Buscó en la oscuridad con la mano izquierda una encina joven que se inclinaba hacia el manantial, que la servía siempre de punto de apoyo; encontró una de las ramas, se agarró á ella, se inclinó y metió el cubo en el agua.

La situación de su ánimo era tan violenta que sus fuerzas se habían triplicado. Mientras permaneció inclinada no se fijó en que el bolsillo de su delantal se vaciaba en la fuente. Toda la calderilla le cayó al agua, pero Cosette ni la vio ni la oyó caer. Sacó el cubo casi lleno y lo dejó sobre la yerba.

Después de esta operación se encontró desfallecida de cansancio. Quería volver á casa en seguida, pero fué tal el esfuerzo que tuvo que hacer para llenar el cubo, que se vió imposibilitada de dar un solo paso. Se vió obligada á sentarse. Se dejó caer sobre la yerba y se acurrucó.

Cerró los ojos, los volvió á abrir, sin saber por qué, pero no siendo dueña de obrar de otro modo. A su lado tenía el cubo, cuya agua agitada formaba círculos que se parecían á serpientes de fuego blanco.

Encima de ella aparecía el cielo lleno de vastas nubes negras, que formaban como masas de humo. El planeta Júpiter llegaba á su ocaso en la profundidad del horizonte. La niña miraba con la vista extraviada aquel planeta, que no conocía y que la causaba miedo. Júpiter se hallaba en aquel momento cerca del extremo del horizonte, atravesando espesa capa de bruma, que le daba un tinte rojizo. La bruma, lúgubramente teñida de color de púrpura, dilatada al astro, dándole el aspecto de una llaga luminosa.

Frio viento soplaba de la llanura. El bosque estaba tenebroso, sin tener ninguno de los estremecimientos agradables de las hojas, ni ninguno de los vagos y frescos resplandores del verano. Por todas partes se divisaban grandes ramajes. Entre los claros silbaba el viento.

La yerba alta hormigueaba impulsada por el viento frío, moviéndose como un gran montón de culebras. Las zarzas se

torcian como brazos enormes con garras buscando una presa.

Hojas y yerbas secas, que el viento impelia, pasaban con rapidez, pareciendo que huían de alguno que las persiguiera.

Todo estaba lóbrego.

La oscuridad es vertiginosa: el hombre necesita claridad; al internarnos en las tinieblas sentimos el corazón oprimido. Cuando la mirada vé oscuro, el espíritu vé turbio. El eclipse, la noche, lo opaco, causan ansiedad á los más fuertes. Nadie camina de noche por los bosques sin temblar. Sombras y árboles son dos espesuras temibles. En la profundidad oscura aparece la realidad quimérica. A cierta distancia de nosotros se bosqueja lo inconcebible con claridad espectral. Se vé flotar en el espacio ó en nuestro propio cerebro algo vago é impalpable, como los sueños de Flora dormida. Hay en el horizonte actitudes feroces. Aspiramos los efluvios del gran vacío tenebroso. Tenemos miedo y deseo de mirar hacia atrás. No hay defensa posible contra las cavidades de la noche, contra los objetos que se vuelven pavorosos, contra los espectros irritados y lívidos, contra la inmensidad sepulcral del silencio, contra los seres desconocidos y posibles; no, no hay defensa ni audacia que no se trueque en terror y que no presienta la proximidad de la angustia. Experimentamos algo repugnante, como si el alma se amalgamase con la sombra. Esta penetración de las tinieblas es inexplicablemente siniestra en una niña.

Los bosques son apocalipsis, y el batir de las alas de un alma niña hace el ruido de la agonía bajo su bóveda monstruosa.

Cosette, sin explicarse lo que la pasaba, sentía que se apoderaba de ella la enormidad oscura de la naturaleza. No solo experimentaba terror, sino algo más terrible que el mismo terror; la pobre niña temblaba de miedo. Es inexplicable el temblor que se apoderó de ella y que le helaba hasta el fondo del corazón. Se le extraviaba la vista. Pensaba la infeliz que quizás no podría evitar el volver al día siguiente á la misma hora.

Entonces, por una especie de instinto, para salir de su singular estado, que no comprendía, pero que la aterraba, se puso á contar en voz alta: uno, dos, tres, cuatro, hasta diez, y al llegar á este número volvió á empezar. Así volvió á adquirir la percepción verdadera de las



COSETTE RETIRÓ EL CUBO CASI LLENO.

Cosette